



Alambique. Revista académica de
ciencia ficción y fantasía / Jornal
acadêmico de ficção científica e
fantasia

Volume 7 | Issue 2

Article 5

La Ciencia Recreativa, “Un viaje al país de las larvas” (1879), de José Joaquín Arriaga

Miguel A. Fernández Delgado MAFD
University of South Florida, miganfd@gmail.com

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/alambique>

 Part of the [Adult and Continuing Education Commons](#), [Entomology Commons](#), and the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

Recommended Citation

Fernández Delgado, Miguel A. MAFD (2020) "La Ciencia Recreativa, “Un viaje al país de las larvas” (1879), de José Joaquín Arriaga," *Alambique. Revista académica de ciencia ficción y fantasía / Jornal acadêmico de ficção científica e fantasia*: Vol. 7 : Iss. 2 , Article 5.

<http://dx.doi.org/10.5038/2167-6577.7.2.5>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/alambique/vol7/iss2/5>

Authors retain copyright of their material under a [Creative Commons Attribution-Noncommercial 4.0 License](#).

La presente entrega, última que hemos planeado publicar sobre *La Ciencia Recreativa en Alambique*, ha sido redactada, en su fase final, durante la pandemia declarada por la Organización Mundial de la Salud el 11 de marzo de 2020, y, por lo tanto, dentro del confinamiento domiciliario recomendado por las autoridades. Deseamos que la presente entrega ofrezca un alivio, aunque sea temporal, a las limitaciones de espacio padecidas por la mayoría de los lectores y un ejemplo para escapar haciendo uso de la imaginación, como lo hizo Arriaga, que también escribió esta pieza bajo encierro voluntario, al reducir a sus personajes para permitirles viajar al fantástico mundo de las hormigas.

Los hechos narrados en este episodio transcurren en la zona tropical de Veracruz, estado vecino de la Puebla natal de Arriaga, cuyos paisajes naturales debió conocer bien y disfrutar desde sus primeros años. Para comenzar, planteamos la pregunta que parece obligada: ¿qué tanto ha cambiado desde entonces? Casi sesenta años antes de que Arriaga redactara este capítulo, el barón de Humboldt describió brevemente la por entonces llamada intendencia veracruzana, señalando que, en ella, “el viajero se encuentra más admirado de ver aproximados los más opuestos climas”.

En efecto, toda la parte occidental de la intendencia de Veracruz ocupa la falda de las cordilleras del Anáhuac, y en un día los habitantes bajan de la zona de las nieves perpetuas a los llanos inmediatos al mar, en donde reinan unos calores que sofocan. En ninguna parte se deja ver mejor el admirable orden con que las diferentes tribus de vegetales van siguiéndose por tongadas unas más arriba de la otra, que subiendo desde Veracruz hacia la meseta de Perote. Allí se ve cambiar a cada paso la fisonomía del país, el aspecto del cielo, la vista exterior de las plantas, la figura de los animales, las costumbres de los habitantes y el género de cultura a que se dedican (175).

Muy similar debió ser el paisaje de ensueño natural de los días de Arriaga, mismo que, tristemente, comenzó un deterioro progresivo desde que Humboldt elogiara su variedad y riqueza.

En los años sesenta del pasado siglo, el antropólogo Eric R. Wolf recordó que, ya en tiempos prehispánicos, los aborígenes reconocieron la zona por su producción de cacao, y las múltiples barras y albuferas desde las cuales, los que habitaban más al sur, podían llegar a los pueblos de lengua maya, gracias al transporte marítimo y a los pequeños puertos. En la época de Wolf, fue descrita como una franja de selva cálida, pantanosa y con llanuras, atravesada por ríos de curso lento y sinuoso, a partir del sur de Veracruz hasta Campeche, donde llovía nueve meses al año, y la precipitación pluvial podía alcanzar un promedio de 1.90 a 2.54 metros, lo cual provocaba desbordamientos periódicos de los ríos (29).

A pesar de su deterioro ambiental, Veracruz es todavía el tercer estado con mayor diversidad biológica en México, por detrás de Chiapas y Oaxaca.

Su variedad de ecosistemas ha permitido la proliferación de unas ocho mil especies de plantas silvestres, que quizá lo convierten en el poseedor del mayor número de tipos de vegetación registrados (Gómez-Pompa 34, 79). Representativos de su flora son el cedro rojo, el palo de rosa, el mangle, la chaca y la pimienta. Entre su fauna, destacan la ardilla voladora, el oso hormiguero, el armadillo, la serpiente de cascabel y la iguana verde (Olivares).

El oso hormiguero se encuentra actualmente en peligro de extinción en la selva veracruzana, para regocijo de su principal alimento, las hormigas, que son el objeto de estudio de este capítulo, según veremos.

Las preguntas y explicaciones por la demora en la entrega de *La Ciencia Recreativa*, con las cuales Arriaga comienza su artículo, se refieren a los estragos que, en ciertas regiones del país, ocasionaron los levantamientos de los inconformes con el régimen de Porfirio Díaz, que recién terminaba su primer período en la silla presidencial. Puesto que algunos rebeldes, sobre todo partidarios del ex presidente Sebastián Lerdo de Tejada, seguían en pie de guerra, Díaz se dio a la tarea de ordenar la represión definitiva de los lerdistas, lo cual alteró, en ciertas regiones, el transcurrir de la vida cotidiana.

El encierro al que se vio obligado, según parecen sugerir los primeros párrafos de nuestro autor, solamente aguzó su imaginación, lo que no es poco decir sobre Arriaga, que nunca dejó de sorprender por la ilimitada inventiva que colocó al servicio de la divulgación científica, en uno de los últimos artículos que dio a la imprenta de *La Ciencia Recreativa*.

En esta ocasión describe una aventura de exploración científica dentro del mundo de las hormigas, con él mismo como narrador en primera persona, en compañía de alguien más, al que no da nombre ni se molesta en describir. Tal vez se trate de uno de los jarochos que le sirvió de guía, según menciona al principio.

Para explorar el hormiguero, uno de dichos insectos, dotado de poderes mágicos, los encogió sin que se dieran cuenta, y después se valieron de una hormiga gigante –comparada con el tamaño que habían adquirido los protagonistas– como si fuera un Virgilio en el mundo subterráneo.

Dejando aparte los lugares en que explica los pormenores científicos de las hormigas en lo individual y de su vida social, el hormiguero, según la fantasía didáctica de Arriaga, se encuentra habitado por insectos antropomorfizados y algunos seres mitológicos, como los cíclopes, los cuales poseen hábitos y costumbres muy familiares para nosotros, pues también disfrutaban de manjares propios del ser humano, que combinan con los suyos, y emplean herramientas y maquinarias rústicas para llevar a cabo sus labores cotidianas. Quizá por eso empleó como título del artículo “Un viaje al país de las larvas” y no al país de las hormigas, que parecería más adecuado, para aludir al doble significado de la palabra larva en castellano. A finales del Siglo de las Luces, comenzó a imponerse el sentido actual del vocablo larva, que se refiere a la etapa inicial de la metamorfosis de ciertos animales, después de salir del huevo, cuando son capaces de nutrirse por sí mismos, antes de la transformación que los asimilará a los adultos de su especie. Antes del ascenso

de esta acepción, la más socorrida en la mayoría de los diccionarios contemporáneos, el término seguía fiel al sentido original del vocablo latino del que surgió: máscara, disfraz, fantasma, duende o demonio (Alonso II 2515). Según Humbert, se llamaba *lemures* o *larvas* a ciertos espectros que se deleitaban estremeciendo a los mortales, si bien los primeros eran menos perversos que los segundos (109).

Puesto que semejantes larvas antropomorfizadas, como hemos adelantado, son las que aparecen en la mayor parte del capítulo, aunque se trate de una comunidad de insectos, las posibles influencias de esta representación de Arriaga no pueden pasarse por alto. Dado que los protagonistas son seres humanos reducidos en tamaño en virtud de recursos mágicos y aparecen escenas como el banquete al que son invitados en compañía de la hormiga que les sirve de guía, según se lee en el capítulo VI, parece obligado recordar *Alice's Adventures in Wonderland* (1865) de Lewis Carroll, sobre todo su capítulo VIII, en el que se describe la conocida fiesta loca del té, donde participan, además de Alicia, el Sombrero Loco, la Liebre de Marzo y el Lirón (Carroll 82-93).

La primera traducción española de dicha obra de Carroll es de 1927, pero hubo una anterior, resumida y anónima, en 1920. Las primeras lenguas a las que se tradujo fueron el alemán y el francés, ambas de 1869, impresas con seis meses de diferencia (López Guix). Por la multitud de libros y autores de lengua francesa que cita Arriaga en *La Ciencia Recreativa*, sabemos que este idioma no le era desconocido, aunque resulta poco creíble que tuviera noticias de las absurdas aventuras de Alicia en francés o en su original inglés, debido a la difícil situación social, política y económica que México padeció a lo largo de casi todo el siglo XIX.

Antes de dirigir la mirada hacia otras posibles fuentes de inspiración, debe reconocerse que, por mucho, son más las diferencias que las semejanzas entre la novela de Carroll y "Un viaje al país de las larvas". Por eso, creemos de mayor provecho buscar una fuente más antigua y que podría encontrarse entre las obras europeas que sobrevivieron dentro de algunas de las bien surtidas bibliotecas universitarias o religiosas de origen novohispano, o bien entre los bibliófilos mexicanos.

Al hojear el tesoro interminable de curiosidades que es la enciclopedia de Pierre Versins (926), nos enteramos de la existencia de un opúsculo de Emer o Emerich de Vattel (1715-1767), célebre jurista de la Suiza francófona, entre los principales divulgadores del moderno derecho internacional, llamada "Les fourmis" (Las hormigas), una de las alegorías que incluyó en *Poliergie, ou Mélange de littérature et de poésies* (1757) (127-42). En dicha narración, el protagonista, un hombre desencantado de la vida, se dirige a Oriente en busca de respuestas. En los bordes del Ganges conoce a un sabio brahmán, al que le plantea sus dudas sobre la divinidad, la maldad y la debilidad del género humano. El sabio le contesta que evite juzgar aquello que es incapaz de comprender, y le pregunta si conoce el pueblo de las hormigas, porque, para instruirlo, puede enviarlo a conocer su "pequeña república".

Gracias a la ingesta de las gotas de una esencia mágica, el protagonista se convierte en una insignificante hormiga. Hecho esto, enterado de que también puede comprender el lenguaje de sus congéneres, se introduce en su mundo para comprenderlo mejor. A pesar de que la mayoría trabaja intensamente, en sus breves descansos, el visitante se entera de sus inquietudes. Para los insectos, todo sucede por voluntad de su dios, que premia a sus fieles y castiga a sus detractores. Pero el protagonista, en más de una ocasión, se entera de que no siempre es así, y que las hormigas, ciegas en su fanatismo religioso, falsean la realidad. Cuando ocurre una gran inundación dentro del hormiguero, una de ellas llama a hacer sacrificios y pedir a los sacerdotes buscar la forma de apaciguar a la divinidad, pero otra le dice que en la catástrofe también murieron hormigas buenas, como su amada, junto con las demás, que eran consideradas malas. Continúa la discusión hasta que un magistrado ordena callar a esta última y la amenaza con un castigo ejemplar si insiste en sugerir impiedades.

El protagonista, que hasta entonces había permanecido en silencio, pronuncia entonces un discurso para tratar de convencer a las presentes de que no todo lo que les parece trágico lo es para los demás seres, porque la inundación que sufrieron sirve para que los humanos rieguen sus cultivos, ya que había un dios que pensaba en todos, y que ellas no debían considerarse el centro del universo. No terminó de hablar, cuando otras hormigas mandaron capturar y matar al inoportuno y herético visitante. Al morir como hormiga, el protagonista recuperó su cuerpo humano y, en presencia nuevamente del brahmán, reconoció haber comprendido la moraleja. Hasta aquí la alegoría de Vattel, que parece más probable como fuente de inspiración para “Un viaje al país de las larvas”.

Arriaga, contra su costumbre de atiborrar de información científica al lector, en esta ocasión prefirió darle más juego a la inventiva, como si se dirigiera especialmente a los niños a los que, además de las clases trabajadoras, iba dirigida su revista. Esto nos ahorró mucho trabajo con las notas, pero no por eso queremos dejar pasar la oportunidad de agradecer por su ayuda con información científica al Maestro en Ciencias Enue Reynaldo Gómez Macías.

* * *

UN VIAJE AL PAÍS DE LAS LARVAS

José Joaquín Arriaga

I

Cuando después de tan prolongado silencio¹ nos presentamos ante vosotros, queridísimos y benévolo lectores, justo y debido es que contestemos a estas u otras semejantes preguntas que indudablemente nos habéis de dirigir al ponernos humildemente en vuestra presencia: “¿Qué os había sucedido? ¿Por qué nos habéis tenido en tan ansiosa expectativa? ¿Regresáis acaso de un viaje al derredor del mundo, o venís ahora de la oscura mansión de los difuntos?” ¡Ay, amables lectores! Duro por cierto es el interrogatorio, pero vamos a satisfaceros, pues ni por un momento queremos que por vuestra mente pase la idea de que os hemos echado en olvido. ¡Líbrenos Dios ahora y siempre de ser ingratos con quienes tantas y tan claras muestras nos han dado de su exquisita bondad! Y bien, amigos nuestros, personalmente, y gracias a esa Providencia que siempre vela sobre nosotros, ningún desastre nos ha acontecido; no hemos sido víctimas de ningún naufragio, ni hemos caído, pues por fortuna esos tiempos ya pasaron, en manos de infieles que por largos meses nos hubiesen tenido aprisionados, ni tampoco nos había sepultado bajos sus pesadas y ardientes nubes de arena el huracán de los desiertos: sanos y salvos nos tenéis, pues, y dispuestos con el vigor de siempre a proseguir nuestras tareas. Mas no vayáis a creer que por no haber hecho uno de esos remotos viajes que tienen para nosotros tanto atractivo, hemos vivido en la inmovilidad de una momia y pasado el tiempo en ese *far niente*² que muchos llaman dulce, pero que para nosotros bastante tiene de amargo, y siempre lo esquivamos, puesto que genuinamente hablando no es más que la holgazanería o la ociosidad elevada al rango de agradable ocupación. La naturaleza no nos hizo a propósito para vivir mano sobre mano, o para vagar sin objeto y sin rumbo fijo, y por esto sucede, que si alguna causa poderosa nos sujeta a la reclusión, seguimos el ejemplo de Xavier de Maistre³, viajamos al derredor de nuestro cuarto y hacemos en él cuantas exploraciones útiles podemos; mas cuando la fortuna nos protege y con semblante risueño nos abre de par en par las puertas de nuestro encierro, desplegamos las alas y nos lanzamos ávidos de nuevas impresiones en busca de lo desconocido. Es tan grato para nuestro espíritu penetrar hasta lo más profundo de la solitaria espesura de los bosques, asentar el pie sobre la aislada roca que forma la cúspide de excelsa montaña, o remontar el curso de caudaloso y cristalino río para llegar al silencioso y límpido manantial que le da ser, que sin pena y sin sentimiento dejamos los placeres y las comodidades que procura la ciudad, para ir en busca de esos placeres que enriquecen al espíritu con nuevas y gratas impresiones. ¿Y sabéis cuál es más tarde el bello complemento de estos goces? Referir envueltos entre la tibia y abrigadora atmósfera del hogar, los más notables episodios de nuestro viaje, describir con vívidos colores los

paisajes que más nos han cautivado, o narrar alumbrados apenas con la luz de moribunda lámpara y en las prolongadas vigiliadas del invierno, las extraordinarias y aún acaso misteriosas aventuras que durante nuestras correrías nos han acontecido.

Sentaos, pues, en torno nuestro, amigos míos, y ya que os hemos tenido en tan larga espera, escuchad la narración de un viaje hecho a un país extraño, para muchos desconocido, y que si a nosotros fue dado el recorrerlo, debimoslo a un genio tutelar que invisible a veces, y otras aparente y cambiando de formas según las circunstancias lo exigen, jamás nos abandona y siempre nos auxilia cuando se trata de salvar un obstáculo o afrontar algún peligro.

II

Muy cerca de la costa de Veracruz, sepultada entre las gigantescas moles de elevadas cordilleras y perdida en el fondo de profundísima cañada, existe una diminuta y humilde población, que debería ser, si fuésemos emprendedores y verdaderos amigos del trabajo, como un bosquejo del paraíso terrenal. Limítala de Norte a Sur, pasando por el Poniente un ancho y caudaloso río⁴, que abriga bajos sus claras y bullidoras ondas peces mil de deslumbrantes y nacaradas escamas. Sus orillas bruscamente onduladas, de áspera pendiente o enteramente acantiladas, hállanse engalanadas con los atavíos más seductores de la más fantástica y variada vegetación; allí tenéis contemplándose perpetuamente en el límpido espejo que forman sus remansos, árboles frondosos y corpulentos, de cuyas vetustas ramas cuelgan floridas lianas formando vistosos y elegantes cortinajes, bajo los cuales indudablemente que se han de abrigar, las ninfas⁵ pobladoras del río, cuando furtivamente y alumbradas por la luz de la luna, salgan de sus mansiones de cristal. Bosques inmensos e impenetrables formados por arrogantes vegetales, tamarindos y mangos, ceibas y palmeros, cafetos y ciruelos y plátanos de penachos ondulantes, casi ocultan a nuestra pequeña población entre el espesor de su siempre verde y variado follaje. De ahí es, que sea cual fuere el rumbo hacia el cual dirija uno sus pasos, siempre encontrará magníficas alamedas surcadas por arroyos cristalinos y embalsamadas con el suave aroma que de sus espléndidas corolas exhalan millares de flores, entre las cuales sobresalen por la gracia de sus formas y el brillo de sus colores soberbias orquídeas⁶. Allí, y a orillas del torrente caudaloso que al precipitarse en el mar forma la barra de chachalacas⁷, el reino vegetal ofrece al hombre con asombrosa profusión, y casi en estado silvestre, sus más exquisitas producciones, y causa en verdad admiración mirar como en las vegas fraternizan el café con la caña de azúcar, la sandía con la piña, y confundidos en estrechos lazos en lo sombrío del bosque, la olorosa vainilla y la amarga coluquintida⁸, el plátano y el palmero que a competencia se atavían con

monstruosos racimos de sabrosos y dorados frutos. Mas no es esto sólo, pues si la naturaleza ha sido pródiga al dotar aquella ardiente comarca con todas las riquezas del reino de las plantas, no con menos profusión la embelleció poblándola de multitud de seres que con sus cantos y su incesante movimiento animan a todas horas del día las fecundas orillas del río y las majestuosas soledades de las selvas. Tan grande es el número y variedad de sus pobladores, que no exageramos diciéndoos, que no se da un paso en aquellos frondosos y naturales vergeles, sin recibir una en pos de otra de nuevas sorpresas, pues ya es la escamosa iguana que oculta en la oquedad de un tronco os mira atentamente o la serpiente gigantesca lo que llama la atención, o bien la afanosa calandria que con arte admirable teje en la extremidad de ondulante rama su vistoso nido, o la ruidosa turba de vocingleras chachalacas es lo que seduce sin poderlo evitar. Ya es el silbo cadencioso de ave desconocida la que detiene, ya el ruido misterioso salido de la profunda y tenebrosa espesura lo que preocupa, y caminando así entre el temor de encontrarse con alguna fiera o algún insidioso reptil, y el deseo de descubrir una nueva belleza, se vaga por aquellos lugares sin sentir las horas y sometido a esa atracción irresistible que se posesiona de ciertas almas ávidas de buscar nuevas y agradables impresiones.

Ya podréis considerar, amigos míos, si estaríamos o no en nuestro elemento, en aquel ignorado rincón de la tierra que nos ofrecía campo tan vasto a gratas excursiones, y donde con entera libertad podíamos consagrarnos al estudio y a la contemplación de tantas cosas como allí y con tanta espontaneidad nos presentaba la naturaleza. La rudeza y severidad de los paisajes, el atronador y continuado estrépito del torrente que arrastra entre voluminosos pedruscos el caudal de sus aguas para irlas a sepultar en los abismos del Océano; la vida que con sus insondables misterios nos rodeaba por todas partes, el silencio imponente y la majestuosa soledad que en ciertas horas reinaban en lo más recóndito y oscuro de los bosques, todo esto cuadraba muy bien con nuestro carácter, que se ha formado al golpeo incesante de fuertes y grandes sensaciones y venía muy poderosamente a proteger nuestros deseos de admirar y de investigar los secretos de aquel mundo en pequeño que con tantos atractivos se ofrecía a nuestros ojos. Así es, que diariamente y con frecuencia solos, o acompañados de un buen jarocho⁹ que nos servía de guía, emprendamos alguna expedición ya siguiendo entre breñales y trepando y bajando ásperas rocas el curso del río, ya recorriendo las montañas cercanas o internándonos en los montes, pero seguros siempre de regresar cargados con ramilletes de flores exquisitas y las cajas bien provistas de curiosas plantas y de insectos a cual más bellos. A veces acontecía que en estas excursiones tuviéramos nuestros percances, y no era raro que a más de nuestras ricas colecciones trajésemos la ropa cubierta de insoportable pinolillo¹⁰ y la piel del rostro y de las manos, revestida de punzante pica-pica, pero esto entraba también en la distracción, lo mismo que el rodar por áspera pendiente en castigo de nuestra codicia, que ambicionaba posesionarse de alguna parásita que lucía modestamente su belleza medio oculta entre las

grietas de inaccesible roca, o salir muy mal parados y en completa derrota por algún enjambre de avispas a las que disputábamos la posesión del panal de olorosa y dulce miel. Todos estos pequeños episodios y aun algunos otros más serios, tales como extraviarnos a veces en el centro de aquellos bosques, hollados acaso la primera vez por el pie del hombre, o encontrarnos con algún coral desmesurado o con el gato montés de mirada centellante, excitaban en nosotros más y más el interés de nuestras exploraciones y de nuestras colectas, pues cada uno de los objetos recogidos evocaba en nosotros el recuerdo de determinada localidad, o de tal o cual aventura que nos había hecho reír o acaso temblar.

III

Una tarde, y en verdad que muy presente la tenemos, cansados ya de tanto andar por tortuosos y escarpados senderos y con las fuerzas casi agotadas por un calor verdaderamente tropical, buscamos a orillas del río y para reponernos de nuestras fatigas un lugar fresco y sombrío desde el cual pudiésemos gozar a nuestras anchuras del magnífico paisaje que delante teníamos, y que mayor belleza adquiriría a medida que iba avanzando la hora solemne y poética del crepúsculo vespertino. A pocos pasos y con corto trabajo encontramos lo que queríamos. Era una oquedad, casi una gruta, practicada naturalmente en el espesor de una roca acantilada, revestida interiormente de verdes y tiernos helechos, con el suelo tapizado de aterciopelado musgo, y cuya entrada, hasta cierta altura, cubríanla formando vistoso cortinaje entrelazadas enredaderas que por lo florido de ellas, habiánnos dado a lo lejos la idea de una cascada de flores que silenciosamente se precipitaba de lo alto para irse a confundir con las espumosas ondas del río.

Para un espíritu como el nuestro, acostumbrado al retiro y a la silenciosa contemplación de las magnificencias de la naturaleza, no podía darse mejor lugar que aquel pequeño santuario en que podíamos gozar enteramente solos y sin que nadie nos interrumpiera, dando libre vuelo a nuestras ilusiones y a nuestros pensamientos. Todo por cierto, contribuía allí a acrecentar esos placeres inocentes que tanto ansía el espíritu porque lo educa, lo dulcifican y lo ennoblecen: la hora en que nos encontrábamos y que es indudablemente la más bella pues que nos anuncia con su luz tenue y nacarada, con cantos melodiosos y melancólicos, y con murmullos misteriosos que es la última del día; la brisa que susurrando traía hasta nosotros efluvios embriagadores y que a cada instante nos envolvía en una atmósfera tibia y embalsamada; el río que chocando con ímpetu contra las rocas inamovibles de su cauce se subdividía en millares de pequeñas cascadas cuyas aguas reducidas al caer en hirviente y blanca espuma, iban más lejos tranquilas y silenciosas a formar transparentes y límpidos espejos sobre cuya superficie teñida de rosa y de topacio aparecían reflejándose y como surgiendo de

insondable abismo las flotantes nubecillas, la creciente luna y las primeras estrellas; todo esto, decimos, formando un cuadro sublime y armonioso, infundió en nosotros esa suave e inexplicable melancolía, esa tristeza que nada tiene de dolorosa y que prepara a el alma [*sic*] para que abstrayéndose se sumerja en profunda meditación. Lo que pensábamos y percibíamos en aquellos momentos no sabremos decíroslo, y sólo recordamos que en ese estado de arrobamiento nos consideramos como arrancados de la tierra, libres de sus preocupaciones y de nuestros dolores, y trasportados no sabemos si al cielo o a algún otro planeta más grandioso y más afortunado que este que habitamos. ¿Aquella situación nuestra era extraordinaria o natural? Tampoco podremos explicárselo; pero lo cierto es, que en un instante dado y preparado por una causa que nos era desconocida, nos sentimos no corpóreos sino aéreos y dotados de facultades que jamás habíamos poseído. Nuestra vista se había vuelto más perspicaz, nuestro oído más penetrante: sentíamos más sutiles y más ligeros y como identificados con un mundo espléndido y bellissimo, pero hasta entonces ignorado.

Sumergidos, pues, nos hallábamos en ese voluptuoso estado que media entre el sueño y la vigilia, ocasionado acaso por una especie de narcotismo que había producido en nosotros la aspiración del aire impregnado con las emanaciones de las flores, cuando un ruido proveniente del fondo de la gruta y muy semejante al de una puerta que girase sobre sus goznes enmohecidos, hízonos volver en sí, y fijar con cierto enojo la vista hacia el lugar de donde venía la causa que tan brusca como inesperadamente había interrumpido nuestro agradable reposo. Temiendo el que allí estuviese alguna fiera con la que tendríamos tal vez que librar un combate cuerpo a cuerpo, amartillamos convulsivamente el revólver que portábamos, y estoicamente esperamos atrincherados tras de un enorme pedrusco, que el habitante de aquel lugar se presentara para tenderlo muerto a nuestros pies. Por lo pronto nada notamos, mas a poco rato distinguimos a través del enmarañado follaje de las enredaderas que tapizaban las paredes de la gruta, la flama vacilante de una lámpara, cuya luz primero vaga e incierta, fue después bastante viva para revelarnos que no tendríamos que habérnoslas con un lobo o una pantera sino con un ser aún más extraordinario. Al paso que la luz se acercaba, distinguíamos con más precisión los contornos de una figura vestida con un traje oscuro y cubierta la cabeza con un pañuelo anudado sobre la frente cuyas puntas retorcidas y agudas daban idea de dos enormes y flexibles antenas. En presencia de aquel extraño personaje que con paso lento y mesurado y con mirada cautelosa fuese aproximando adonde estábamos, haciendo sonar un pesado manojó de llaves que llevaba pendiente a la cintura, tuvimos miedo y nos sentimos desfallecer, pues creímos haber caído en las manos de alguna hechicera misteriosa o de un vampiro que saciara con placer su sed de sangre, chupando ávidamente la que corría por nuestras venas. Casi aniquilados con semejante sorpresa, quisimos empequeñecernos, reducirnos a la más mínima expresión para no ser advertidos, y con este fin, estrechamos lo más que pudimos nuestros miembros, y poco a poco y sin sentir fuímonos ocultando

detrás del pedrusco que nos servía de trinchera; y con los ojos apenas entreabiertos, para ver lo que pasaba, esperamos el resultado de aquella inopinada aventura refugiados en nuestro exiguo escondite. Por lo pronto el desconocido habitante de la gruta no se dio cuenta de nuestra presencia, pues le vimos recorrerla con calma investigando todos sus rincones y levantando el cortinaje que formaban las enredaderas, acaso para averiguar si ocultaban algo que fuese sospechoso: esto nos tranquilizó; mas cuando ya nos creíamos libres de sus pesquisas, sentimos con terror y por el crujido de la arena bajo sus pies, que se acercaba hacia nosotros. No nos habíamos engañado, pues a pocos momentos, y como asomado al brocal de un pozo, vimos aparecer sobre la piedra que nos defendía, un rostro enjuto y amarillento, cuya nariz encorvada y puntiaguda como el pico de un rapaz y cuyos ojillos pequeños, verdes y fosforescentes dábanle en verdad muy siniestro y tenebroso aspecto. Como de una inmovilidad absoluta podía tal vez depender nuestra salvación estuvimos quietos, y casi sin respirar nos sometimos como un tronco a toda clase de investigaciones. Aquel terrible y por demás curioso visitante, alumbrándonos con su humeante mechero en todos sentidos y con su descarnada y larga mano nos palpó, sin obtener de nosotros ni el más ligero indicio de vida.

-¡Habrased visto! Oímos que exclamó con cavernosa voz.- Veamos, pues, quién es este huésped que con tanta osadía se ha atrevido a profanar nuestro silencioso y pacífico retiro.- Y diciendo esto, metió sus largos y huesosos dedos entre el dorso y el cinto de cuero que nos ceñía la cintura y haciendo un esfuerzo sobrehumano, nos arrancó de cuajo de nuestro escondite cual si fuésemos un pulpo, y nos levantó por alto para contemplarnos a su sabor. Pendientes así, y oscilando en el aire desde la extremidad superior de aquel mástil con honores de brazo, vímonos obligados a sostener el interrogatorio que tuvo a bien hacernos aquel a quien juzgamos desde tal momento el cancerbero del infierno.

-¡Hola! díjonos sacudiéndonos como un racimo de plátanos, ¿y qué andábais haciendo por aquí, incansable ladrón de panales y feroz matador de insectos? ¿Qué buenos vientos os trajeron hasta el dintel de nuestros dominios que a ningún ser humano permitimos visitar?

-Entré a descansar un momento de mis fatigas, en esta hermosa gruta, y puedo aseguraros, señor, que ignoraba fuese este un terreno vedado para mí.

-¡Señor! Dijo con cierto despecho y agitándonos convulsivamente. ¡Señora! Jefe principal de la vigilante policía del honradísimo pueblo de las hormigas, y además, encargada de los almacenes de víveres e inspectora general de obras públicas.

Suspendidos como estábamos, no nos era posible dirigir una profunda reverencia a tan elevado cuanto ilustre personaje y nos conformamos con decirle desde la altura a que nos había levantado:

-Grande honra es para mí, eminentísima señora, el ofrecerme a vuestras órdenes aunque de una manera tan brusca como inesperada; pero ya que la causalidad o mi buena fortuna hizo que nos conociésemos, creo y

espero, que no me trataréis como a un prisionero de guerra, sino como a un amigo que siempre ha sabido admirar, el valor, la laboriosidad y el orden de ese virtuoso pueblo de quien sois por cierto muy digno representante.

-Lisonjero y galante por demás estáis, díjonos animando su rostro surcado de finas y numerosas arrugas con una sonrisilla maliciosa, y paréceme que en vuestras palabras, inspiradas tal vez por el miedo, ha de haber más de hipocresía que de sinceridad. Os conozco muy bien, agregó fijando en nosotros sus ojillos verdosos, y si en vos consistiera, haríais conmigo lo que habéis hecho con otros infelices, atraparme con vuestras pinzas, pincharme luego con agudo alfiler y guardarme cuidadosamente para figurar en vuestras colecciones. Pero no tengáis cuidado, que los papeles se han cambiado: ahora yo soy el gigante y vos el pigmeo, y por la influencia misteriosa de una de nuestras más hábiles encantadoras cuyo espíritu se oculta en una de las plantas que viven en esta gruta, habéis sido reducido a la más mínima expresión, a dimensiones microscópicas, pero dejándoos eso sí el uso libre de la inteligencia y de los sentidos, para que sepáis admirar el mundo que se rebulle a vuestros pies, ignorado de vuestros sabios y despreciado por el común de las gentes que injustamente lo consideran débil. Y bien, agregó sentándome con el mayor cuidado del mundo sobre la piedra tras de la cual me había ocultado, y que no era ¡oh prodigio! sino un grano de arena, y bien, como el pueblo a que pertenezco, si es trabajador no por eso deja de ser belicoso, cruel y sanguinario, no podríais vivir en medio de él abandonado a vuestras propias fuerzas sin correr gravísimos peligros; así es que la única garantía que puedo prestaros es la de haceros mi esclavo agregado a mi inmediato servicio: de esta manera todo el mundo hormiguero os respetará y podréis recorrer nuestros extensísimos dominios con toda libertad. ¿Queréis? sí, o no, pues de lo contrario, quedaréis aquí, sin esperanza de volver a vuestro primitivo estado, expuesto a ser devorado por animales mucho más carnívoros y feroces, que los leones y los tigres de los bosques.

¿Qué hacer, pues, en tan difíciles como ineludibles circunstancias? Ser esclavo de una miserable hormiga causábanos profunda pena, pues jamás habíamos creído tocar tan grande humillación; mas si por otra parte, teníamos que quedar sujetos por nuestra estupenda e inesperada metamorfosis, a los rudos ataques de esos tremendos y monstruosos coleópteros que bien podrían triturarnos entre sus filosas y aceradas mandíbulas, era bajo todos aspectos preferible optar por la esclavitud con la esperanza de reconquistar alguna vez nuestra querida libertad. Además, ya que semejante transformación nos proporcionaba la oportunidad de penetrar de lleno en el misterioso mundo de los insectos, juzgamos cuerdo el no desaprovecharla, y amigos como lo éramos entonces de arriesgadas aventuras, nos decidimos por último a proseguir la que se nos presentaba, con la ilusión de escaparnos más tarde o más temprano de entre las garras de nuestra ama poderosa, la señora hormiga.- Y bien, ¿qué decidís? díjonos ésta pasado el corto tiempo que habíamos empleado en reflexionar. Sois libres para escoger entre la vida lejos de los hombres a quienes podemos dar lecciones, de orden, de moralidad y de

trabajo, o la muerte inevitable, casi segura, con todos sus horrores: u hormiga libre o gusano indefenso y miserable sujeto a toda clase de penalidades y de peligros.

-Señora, le contestamos, nos hallamos en el caso de todo vencido, en el de aceptar con la garantía de la vida las condiciones del vencedor por duras que sean, y no tenemos más recurso que resignarnos con nuestra suerte por desgraciada que ésta sea.

-No será tan mala como lo pensáis, díjonos acariciándonos con su descarnada mano; y muy al contrario, debéis llamaros desde hoy el más feliz del mundo, puesto que por un privilegio muy especial que me reservo, vais a visitar un curioso país y a ver cosas tan extraordinarias que por lo mismo que lo son ni os las podéis imaginar. Marchemos, pues. Y al decir esto, me tomó como una brizna de paja debajo de su nervudo brazo y echó a andar alumbrándose con su mechero hacia la parte más honda de la gruta.

IV

Si bajáseis, pequeños amigos nuestros, a las oscuras profundidades de una mina, quedaríais mudos de asombro al contemplar las obras verdaderamente gigantescas que es capaz de realizar el hombre guiado por su inteligencia y sostenido por su inquebrantable voluntad. Allí, y en el esplendor de durísima roca, ha abierto con el auxilio de la pólvora del cincel y del martillo, largas y espaciosas galerías, cuya pesada techumbre que a veces tiene de espesor centenares de metros, es sostenida como las bóvedas de nuestros templos, por inmensas y sólidas moles que sirven de columnas. Mil pasillos más o menos angostos y más o menos prolongados parten de aquellas grandes arterias ramificándose en distintas direcciones y que conducen a los ricos filones de metal que se trata de explotar. Por arriba y por abajo, todo este complicado laberinto de naves y de corredores, se comunica por medio de pozos, verdaderos abismos húmedos y oscuros, cuya sola vista a flor de tierra causa vértigo, porque su profundidad es tal que nuestra mirada es impotente para sondearla. Y bien, estas que bien podemos llamar ciudades subterráneas que el hombre ha edificado, hállanse pobladas por centenares de obreros, activos y valientes habitantes de ese mundo tenebroso, que familiarizados ya con esa vida de tinieblas, y suben o bajan por los tiros y recorren aquellos vericuetos con tanta confianza y espedición [*sic*], como nosotros podremos hacerlo andando a la luz del día las calles y callejones de una populosa ciudad. La inteligencia humana siempre fecunda, ha sabido utilizar allí todos sus recursos estableciendo gigantescas y poderosas máquinas movidas por el vapor que acrecientan la actividad y facilitan con sus monstruosos brazos el trabajo y la explotación, construyendo ferrocarriles a inmensas profundidades y procurando al arrojado obrero del mundo subterráneo todas las garantías posibles de bienestar y seguridad. Maravillosas son por cierto estas obras, y al

contemplantas no podemos menos que admirar la ciencia y el atrevimiento con que han sido ejecutadas. ¿Pero qué pensaréis, amigos nuestros si os decimos, que bajo de vuestros pies existen, no sólo millares, sino millones de pequeñísimos pero infatigables operarios, que sin herramientas, ni máquinas perforadoras, ni sustancias explosivas, y sin recurrir a potentes e incansables maquinarias practican en el seno de la tierra obras tan perfectas y acaso más atrevidas que las que el hombre puede realizar? Seres diminutos y débiles, puesto que los podéis estrujar y reducir a polvo entre los dedos, bástanles dos imperceptibles mandíbulas para perforar la dura roca y frágiles y delicados brazos para hacer prodigios de trabajo. Su fuerza individual, podríamos hasta considerarla nula, pero la que sacar [*sic*] del orden y de la unión que entre ellos reina es tan maravillosa que les basta para construir inmensas ciudades subterráneas, abrir magníficos túneles bajo el lecho de los arroyos y de los ríos, derribar los árboles seculares y aún destruir las obras de los hombres.

-¿Quién, nos preguntaréis con justicia, es ese animal portentoso que puede llevar a cabo empresas tan grandiosas a pesar de su pequeñez?

-Es la hormiga, carísimos amigos, que de paso os describiremos, ya que sin pensarlo hemos interrumpido nuestra interesante narración.

En el poblado mundo de los insectos, las hormigas pertenecen al orden de los *himenópteros*¹¹, a ese grupo de afanosos y hábiles trabajadores que tan bien saben construir un panal delicado con sus celdillas llenas de rica miel, como atacar una roca para edificar en su espesor amplísima ciudad, y que se distinguen esencialmente por tener un cuerpo esbelto que sostienen seis largas y delgadas patas y llevar cuatro alas desnudas, membranosas, cruzadas horizontalmente y provistas de nervaduras no reticuladas. De este carácter especial viéneles el nombre de himenópteros, compuesto de dos palabras griegas *hymen*, membrana, y *ptèron*, ala. Este orden fórmanlo las abejas, los bordoneros, que también llamamos *jicotes*, las hormigas, los *cinifes*¹² que forman en las hojas de las encinas curiosas excrescencias en forma de pintadas manzanas y los *sirex*¹³ cuya cualidad distintiva es la de saber perforar el plomo¹⁴. Las hormigas distínguense especialmente por sus dos antenas acodadas que les sirven para examinar detenidamente cuanto encuentran¹⁵. Dos mandíbulas córneas y resistentes sírvenles, según las circunstancias del trabajo lo exigen o lo piden las necesidades de la guerra, de pinzas, de tenazas y de tijeras, o de zapapico, de espada y de puñal. Un cuello corto y delgado une la cabeza al coselete, que en los machos y en las hembras sirve de unión a dos pares de alas grandes, desiguales y nervadas, pues las obreras carecen de estos miembros¹⁶. De los tres pares de patas, las posteriores son las más largas, estando cada una de ellas armada de un espolón y provista de pelos cortos que hacen unidos las veces de cepillo¹⁷. El abdomen es grueso, reducido, oval o cuadrado y siempre más voluminoso en las hembras. Distínguense tres grupos principales entre las hormigas¹⁸: el de las *Mirmicas*¹⁹, que tiene dos nudos o expansiones en el órgano que une el abdomen al coselete; el de las *Poneras*²⁰, que sólo tienen un nudo, y el de las *Hormigas* propiamente dichas, que aunque poseen ese carácter distintivo de las segundas, se diferencian de ellas y de las

primeras, en que sus larvas para transformarse se fabrican un capullo sedoso, cosa que no hacen las de las Mirmicas y las de las Poneras para convertirse en ninfas²¹.

Estos pequeños insectos carecen del punzante e insidioso aguijón de las abejas y de los bordonos, pero en cambio la naturaleza los ha hecho dueños de un licor ácido y de olor penetrante que vierten en las heridas que hacen con sus filosas mandíbulas. Esto constituye su única defensa, y bien podría decir si es suficiente o no, el que haya sufrido las mordidas de estos pequeños pero irritables animalillos²².

Visto un hormiguero exteriormente, da la idea más perfecta de la confusión y el desorden; y al ver agitarse con apresuramiento a aquella multitud de seres, que entran y salen continuamente, que van y vuelven, que se detienen como para hablarse, y que corren en todas direcciones salvando todo género de obstáculos, podríase creer que viven en perpetua lucha y en la más completa anarquía. Esto es lo que ocurre a primera vista; mas si como nosotros, pudiésemos amabilísimos lectores, penetrar al interior de esos montículos de arena y de diminutas piedrecillas que con tanto arte saben levantar nuestras hormigas, veríais todo lo contrario, y quedaríais asombrados, como nosotros lo quedamos, del orden y de la armonía que existen en sus impenetrables dominios.

Apenas pusimos el pie en el dintel de aquella puerta que con tanta sorpresa habíamos oído abrir; apenas habíamos dado hacia delante el primer paso para seguir a nuestra conductora, cuando en presencia de un espectáculo enteramente nuevo, nos detuvimos como clavados en nuestro puesto sin podernos dar razón exacta de aquello que mirábamos. Casi hasta perderse de vista, a pesar de hallarse perfectamente iluminada con lámparas que lanzaban en todas direcciones rayos tan puros como los de una luz eléctrica, extendíase una magnífica y amplia galería tan bien pavimentada como la de un templo, y coronada por una bóveda tan majestuosa, que parecía humillarnos con su grandeza y atrevimiento. A un lado y a otro de esta inmensa nave veíamos puertas cuidadas por silenciosos centinelas, que sin hablar palabra, y guardando una actitud severa cumplían rigurosamente con su secreta consigna. Al pasar nosotros, cada uno inclinaba respetuosamente la cabeza, y con una señal apenas perceptible hecha con la mano, indicaba al misterioso personaje que nos guiaba, que durante su ausencia no había ocurrido ninguna novedad.

-Bien, hijo mío, respondía nuestra vieja hormiga a cada vigilante, cumple estrictamente con tu deber, que pronto llegará el momento de relevarte.

-Noto aquí, señora, le dijimos, una disciplina tan severa y una vigilancia tan eficaz como la que observan los ingleses en su inexpugnable peñón de Gibraltar. ¿Queréis explicarme qué es lo que significan estos guardias que cuidan como unos Argos²³ todas las entradas y salidas?

-De esta alerta constante, que no cesa ni de día ni de noche, depende nuestro bienestar y nuestra seguridad, y no hay aquí vericuesto, puerta pública o excusada, avenida o callejuela, que no estén al cuidado de uno o más

centinelas. En los puntos más accesibles o débiles, tenemos siempre cuerpos de guardia compuestos de vigorosos y aguerridos soldados, verdaderos granaderos, resueltos más bien a morir que a rendirse; en cuanto a los que no presentan peligro alguno, lo mismo que los almacenes, están al cuidado de obediente policía, formada con aquellos de nuestros esclavos²⁴, que más pruebas nos han dado ya de honradez y de moralidad.

-¿Esclavos, decís? le preguntamos sin recordar que ya nosotros también lo éramos.

-Sí, nos contestó, poniendo su mechero en un nicho abierto en el espesor de la pared de la galería y encendiendo un riquísimo habano; la esclavitud es una de nuestras principales instituciones, y precisamente para no caer nosotras en ella, guardamos tantas y tan minuciosas precauciones. Debes saber, por si lo ignoras, agregó, que nuestra nación está formada de pueblos que si son trabajadores como ninguno, son a la vez y por naturaleza, esencial e incorregiblemente belicosos. El que por ser numeroso y estar mejor disciplinado, se considera más potente, invade a son de cajas el vecino, y se precipita sobre él como una horda de bárbaros, para difundir la desolación y la muerte, es una verdadera *razzia*, una guerra sin cuartel, que procura siempre al vencedor cuantioso y riquísimo botín. Las matanzas son entonces verdaderamente horribles, y campos y ciudades, calles y plazas, cuarteles y fortalezas quedan tintos de sangre y cubiertos por montones de cadáveres y de miembros mutilados. Después de la derrota sigue el saqueo, y el pueblo que ha logrado brillante victoria, vuelve al suelo patrio llevando en pos de sí encadenados a los vencidos y a toda su generación futura, lo que es para nosotros mucho más precioso que los cargamentos de víveres y los pertrechos de guerra.

-Por esto que cuenta usted, señora, veo que los pueblos de las hormigas siguen la misma táctica que muchos de los de la tierra. La matanza sin piedad y el triunfo por el mayor número. ¡Oh! Si ustedes tuviesen fusiles de aguja como los prusianos, y ametralladoras como los franceses, serían irresistibles. Veo que todavía ustedes están muy atrasadas, y que a pesar de lo que se dice, van muy despacio en cuanto a inventar instrumentos de guerra para matar a muchos en el menor tiempo posible. En esto sí, os digo que nosotros los hombres no tenemos semejante.

-¿Y para qué necesitamos nosotras de tales baratijas? Mira, agregó abriendo desmesuradamente la boca y enseñándonos sus filosas mandíbulas, con esto nos basta para vencer, sin necesidad de pólvora y de cañones: quédese esto para ustedes que han empleado toda su inteligencia en buscar los mejores medios para destrozarse y arruinarse por fútiles cuestiones, mientras que nosotras, si peleamos a veces, es en propia defensa o para acrecentar la felicidad de nuestro pueblo. Ven, díjonos tomándonos de la mano, ven y te convencerás de que entre las hormigas, primero que la guerra es el trabajo.

V

Siguiendo a lo largo de la inmensa galería en que nos encontrábamos, llegamos por fin y después de diez o doce minutos de camino, al término de ella; allí, y al ras del piso, abríase una oscura y profunda cima de boca circular, por donde brotaban sin interrupción ruidos y murmullos extraños: a veces era el golpeo incesante de barretas, de martillos y de cinceles el que distinguíamos; mas cuando este estrépito cesaba, percibíamos distintamente el clamoreo de muchas voces y como el zumbido de numerosas ruelas o malacates girando simultáneamente. Un aire tibio y nada infecto, sino oloroso, con ese olor peculiar de la miel de abejas, surgía por intervalos de aquel abismo insondable, y que al penetrar en nuestros pulmones, difundía en todo nuestro organismo un bienestar inexplicable. Ninguna luz alumbraba aquel antro oscuro, y por esto mismo, aunque puestos a su orilla, no podíamos darnos cuenta de su mayor o menor profundidad. Con las manos apoyadas sobre las rodillas y con el cuerpo inclinado hacia delante, contemplábamos aquella cima tenebrosa, que por el vértigo que nos causaba parecía atraernos con poder irresistible, cuando nos sentimos cogidos rudamente por el cuello y retirados hacia atrás no con mucha delicadeza que digamos.

-¡Imprudente! díjonos nuestra guía, que era a quien debíamos tal agasajo, el abismo te estaba fascinando, y si has caído en él, hubieras llegado al fondo hecho mil pedazos. Espera un poco y déjame dictar mis órdenes para bajar.

Diciendo esto, tendióse nuestra hormiga sobre el suelo, y alargando cuanto pudo el pescuezo al interior del pozo, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

-¡Hola, las de la guardia! ¡A sus puestos!

Instantáneamente y como por un efecto mágico, aparecieron en medio de aquellas tinieblas impenetrables, y hasta perderse de vista, multitud de flamas azuladas, de una luz tan viva como la de los piróforos o de las luciérnagas, con cuyo auxilio pudimos distinguir gran número de figuras fornidas y tiznadas, que asidas fuertemente a las asperezas de las paredes del pozo, esperaban sin duda el mandato de quien las había llamado, para obedecerlo.

-Mira, dijo nuestra conductora a un extraño personaje que agitaba fuera de la boca del pozo dos desmesuradas antenas y dos brazos flacos y velludos, con el mayor cuidado del mundo recibe a este pequeñuelo que te voy a entregar, pásalo inmediatamente al que te sigue, y de mano en mano que baje hasta el gran salón de las larvas. Después de dada esta orden, asíonos fuertemente, levantónos por el aire, y suspendidos sobre el abismo, dejónos caer como un comino entre los brazos del rudo obrero con quien había hablado. De los de éste saltamos a los de otro, después a los de un tercero y un cuarto, y cayendo así como una pelota, llegamos al fin, si no maltratados, sí casi sin sentido, por lo inusitado y violento del descenso, a un amplio salón

circular donde luego nos rodeó una turbamulta excitada por la más fina y punzante curiosidad. Faltos de aliento y con el uso de la palabra perdido por el estado de atolondramiento en que nos encontrábamos, no pudimos dirigir ni el más ligero saludo a aquella concurrencia de donde oíamos brotar o burlonas risotadas o sinceras expresiones de compasión.

-¡Magnífica presa! decía restregándose sus huesosas²⁵ manos una especie de cíclope, sobre cuyo ojo centelleante y redondo, caía como para ocultarlo, un lanudo mechón de ensortijadas y azafranados cabellos. ¡Magnífica presa! y si de esta clase tuviéramos una todos los días, presto acabaría yo el túnel que estamos abriendo debajo del río. Esta es una obra de romanos y para la cual necesito operarios robustos e infatigables. Mirad, agregó este monstruo señalando con su dedo descarnado una de nuestras manos; mirad, con cada uno de estos apéndices provistos de uñas puntiagudas y encorvadas, ha de rascar perfectamente la tierra y nos hará marchar a pasos agigantados en nuestro grandioso proyecto. No hay remedio, este bicho será mi máquina perforadora y ya veréis qué bien marcha animándola con el látigo. ¡Oh! y si no me lo ceden, dijo apretando los puños, sería capaz de poner en huelga a todos mis obreros y dejaría que el túnel se lo llevara el diablo.

-¡Ja, ja, ja, ja! le contestó con sonrisita burlona una viejecilla, de ojillos verdosos y relucientes, de nariz corva y barba puntiaguda, lo cual, mirándola de perfil, dábale el aspecto de luna en menguante; no será para ti esta presea, sino para mí que soy la señora directora de la cuna, y necesito de personas útiles y hacendosas para el cuidado de tanta pequeñita criatura. ¿Qué me importa el socavón disparatado que estás abriendo? Entiéndete en esto como puedas por ahora, que yo más tarde aumentaré el número de los obreros.

-¡Bruja infernal! repuso el cíclope temblando de enojo y entrechocando ruidosamente sus aguzados dientes. Siempre te he [de] encontrar a mi paso poniendo obstáculos a mis grandiosos pensamientos; siempre y a todas horas has de ser entre nosotros el espíritu de discordia y de contradicción. Te he dicho y te repito, que este nuevo obrero que nos ha venido como caído del cielo, será mío, ¿lo entiendes? Y que a ningún precio lo he de ceder, no digo a la vieja directora de la cuna, pero ni a la misma reina de las hormigas.

-¡Bah! repuso la dama mirando al soslayo y con suma socarronería a su contrincante, pues tiene garbo para querernos imponer la ley, el desalmado. ¿Con que tuyo ha de ser?, ¿eh? Dijo cuadrándosele y apoyando ambas manos en sus salientes caderas. Señor Hormigón, vale usted un bledo, y se lo voy a demostrar dejándolo con un palmo de narices. Ahora lo verás. ¡Hola! gritó con voz chillona. ¡Aquí de mis nodrizas!

-¿Sí? dijo el cíclope cirniéndose [*sic*] de ira y con el semblante rojo de cólera. Ya que guerra quieres guerra tendrás, y pronto vamos a ver quién vence. Diciendo esto y dirigiéndose a un oscuro boquerón que se abría en una de las paredes de la galería, lanzó un chillido estridente como los que produce el silbato de una locomotora, a cuya señal ocurrieron más de cien obreros, velludos y tiznados, bañados en sudor y armados con filosas patas y agudos zapapicos. A la voz de su jefe arrojáronse sobre nuestra pequeña y humilde

persona, objeto de tan ardiente disputa; pero más vivas que ellos, las nodrizas que al grito de alarma habían aparecido blandiendo a guisa de puñales, malacates y tijeras, cayeron como furias sobre sus contrarios rechazándolos a gran distancia y logrando formar en torno nuestro un cerco impenetrable. Era aquello como un castillo erizado de puntas, en cuyo interior, llenos de angustia y de zozobra, esperábamos que nuestra suerte se decidiera para saber por fin si habíamos de quedar sujetos a la férula de aquel furibundo maestro de obras que tanto nos codiciaba, o dedicados a la tranquila ocupación de arrullar nenes bajo la vigilancia de la biliosa harpía que tan intempestivamente había armado semejante zambra. Preparábanse ya los partidarios del Hormigón a dar un nuevo asalto, y las niñeras se disponían a pie firme a resistirlo, cuando la súbita aparición de nuestra incansable vigilante que se había entretenido arriba en otros asuntos, vino a poner fin a una contienda que ya se anunciaba sangrienta y desastrosa.

-¡Fuera de aquí, canalla! Dijo con ronca voz de sargento y repartiendo a diestra y siniestra rudos latigazos. Cada quien a su trabajo: es una vergüenza que al elogiar a este caballero el orden y la armonía que hay siempre [entre] nosotros, haya venido a encontrar semejante revolución.

-Pero señora, exclamó la viejecilla enjugando las lágrimas hipócritas que brotaban de sus ojillos legañosos, si él es realmente el que la ha motivado. Si yo...

-Largo de aquí, repito, señora dueña, repuso nuestra impertérrita hormiga, y marche usted a su departamento con toda su cohorte de nodrizas y de niñeras.

-Ilustrísima señora, dijo a su vez el Hormigón director de las obras del túnel, puesto que este caballero se encuentra bajo vuestra inmediata protección y no es un intruso como yo lo había creído, dóile la más completa satisfacción por haber intentado llevármelo para que me sirviese en el subterráneo que abro, de máquina perforadora. Y ya que he comprendido que es un visitante de nuestro pueblo y no un advenedizo, me ofrezco a sus órdenes y le invito para que venga a admirar una obra mucho más grandiosa y más atrevida que la que construyó Brunel²⁶ bajo las aguas del Támesis. Enciendo, pues, con vuestro permiso el calumeto de la paz, y me marchó con la música a otra parte.

VI

-Y bien, ¿qué ha sucedido? díjonos nuestra protectora introduciéndonos a un pequeño y elegante gabinete ricamente tapizado con blanca y fina tela de arañas, y suavemente iluminado con la luz que despedía un gracioso *Lampiro*, insecto fosforescente²⁷, que suspendido del techo con delicados hilos, hacía en aquel departamento las veces de una lámpara.

-Lo más extraño que podáis imaginar, le contestamos. Apenas habíamos llegado aquí, y trastornados aún con el rápido descenso que hicimos,

no por escaleras sino cayendo de mano en mano, cuando nos rodeó una turba numerosa de personajes a cual más extraños, y entre los cuales hemos visto con sorpresa a muchos enteramente privados de ojos y sin señal de haberlos tenido, y a otros con uno solo, verdaderos cíclopes como de los que nos habla la fábula. ¿Queréis decirme lo que esto significa?

-Más tarde te lo explicaré, contestó la hormiga. Por ahora prosigue tu narración.

-Por ser tan extraños a este mundo subterráneo, como lo es él para nosotros; pretendiese por esa bruja a quien habéis reprendido, darnos un empleo tan degradante, que en vez de servirlo hubiéramos preferido la muerte: el de niñera.

-¡Ja, ja, ja, ja! Interrumpió la hormiga riéndose a pierna tendida y con tal estrépito, que las paredes de aquel recinto retemblaban como si las sacudiese impetuoso ventarrón. ¿Con que de niñera, eh? ¡Ja, ja, ja, ja! Ya me parece verte cubierto de luengas tocas y consagrado al cuidado de los chiquitines de nuestro poblado orfanatorio. ¡Célebre ocurrencia por cierto! Y bien.

-El cíclope, que me parece ser descendiente de andaluz por lo pronto que arrió bandera en vuestra presencia, quería otra cosa, apoderarse de mí para destinarme de máquina perforadora en las obras subterráneas que dice está ejecutando.

-Esto era más honroso ciertamente.

-Sí, honrosísimo en efecto, el ir a rascar tierra como un topo con las diez uñas de las manos.

-Y date de santos, ya que no lo harías con los dientes como lo hacemos nosotras con nuestras mandíbulas.

-De estas pretensiones tan contrarias, proseguimos, surgió entre ambos campeones ardiente disputa, y ella hubiera originado sangrienta batalla, si vos no hubieseis llegado a tiempo para poner en paz a tirios y a troyanos.

-Y ambos tenían razón, díjnos la hormiga con la mayor calma del mundo.

-¡Cómo que tenían razón!

-Indudablemente, repuso, puesto que unos y otros le disputaban como un buen elemento de trabajo, y cada quien te quería para sí, para progresar en el que tiene encomendado. Pronto vas a admirar los prodigios de esas niñeras cuyo número corriste el peligro de ir a aumentar, y el de los valientes mineros con quienes probablemente harás buena amistad; mas antes de visitar nuestros principales establecimientos, será bueno que nos sirvan un *lunch*, porque siento, con tanto subir y bajar y correr de aquí para allí, que mis fuerzas están agotadas. Supongo que tú estarás lo mismo, ¿no es verdad?

Dicho esto, mi célebre conductora dejó escapar de entre sus delgados labios un agudo silbido, e inmediatamente se presentó a la puerta una hormiguilla vivaracha, rubia y coloradota, llevando prendido en su cintura blanco y lustroso delantal, y cubierta la cabeza con una toca curiosamente encarrujada.

-¿Qué manda su señoría? preguntó con melosa voz y dejando ver dos hileras de finos y esmaltados dientes.

-Algo que comer, porque llevo cerca de diez horas de no probar bocado.

Al oír esto, la que indudablemente era alto personaje en la cocina, sonrió maliciosamente y dirigió una burlona mirada a la que así se quejaba de tan larga abstinencia.

-¡Diez horas! exclamó entrelazando las manos en signo de admiración. Pues juraría a mil cruces que hace apenas dos horas os habéis desayunado y no parcamente por cierto.

-Quita allá, embustera, que para ti no pasa el tiempo ni tienes idea de la rapidez con que se digiere cuando uno está consagrado a los arduos y penosos asuntos del gobierno.

-Va su señoría a ser pronta y opíparamente servida, contestó aquella relamida, haciéndole a nuestra respetable hormiga una profunda reverencia.

Pocos momentos después la mesa estaba dispuesta, y con tal lujo y tal limpieza, que a la verdad nos sorprendió el ver lo bien que en su casa se tratan las hormigas. Cuanto a un gastrónomo exigente pudiera apetecer para quedar satisfecho, encontrábase allí dispuesto en vistosos platos labrados con cáscara de nuez y de avellana: quesos de Gruyére y de Chester, almendras y pasas de Corinto, galletitas españolas y francesas, dulces exquisitos y frutas, que aunque diminutas, tenían todo ese gusto y esa succulencia que sólo se encuentra en las que producen las plantas de los trópicos. Mas entre todo aquello que se nos sirvió, dos cosas fueron las que por lo que nos deleitaron llamáronnos más la atención: la una fue un líquido trasparente, de un tinte ligeramente verdoso y de un sabor verdaderamente delicado, y la otra cierta especie de cerezas, sin simiente, cuyo jugo aromático semejábase mucho a viejo y almibarado moscatel.

Jamás en nuestra vida habíamos gustado licor más sensual, ni comido unos frutos más sabrosos como aquellas pequeñas cerezas que destilaban riquísima ambrosía. Tal fue el placer que aquellos dos extraños productos nos causaron, que instigados por la más viva curiosidad no pudimos menos que decirle a nuestra hormiga:

-¿Queréis decirme, señora, de qué se fabrica aquí este licor exquisito con que me habéis obsequiado, y qué planta es la que produce esta fruta que he saboreado con indecible placer?

-El uno, nos contestó, es la leche que producen nuestras vacas cuyos establos vas a visitar, y la otra no es otra cosa que el abdomen de una especie de hormiga, sumamente dilatado y lleno de olorosa miel.

Al escuchar esto no pudimos menos que dar un tremendo salto en nuestro asiento y mirar fijamente y con sorpresa a quien al decirnos esto, parecía que intentaba burlarse de nuestra sencillez o de nuestra ignorancia.

-¡Vacas! exclamamos casi maquinalmente. ¿Pero dónde podréis tenerlas aquí, pues si este recinto es inmensamente grande para vosotras que

sois en lo físico tan diminutas, sería insuficiente para encerrar a un individuo de la raza bovina?

-Pero si te digo, nos contestó la hormiga, que nuestra vacas son mucho más pequeñas que nosotras, ya podrás comprender que muy bien pueden caber aquí.

-Pues ahora lo comprendemos menos, le contestamos, porque no cabe en nuestra imaginación que puedan existir animales de esa especie que sean de inferior tamaño al de una hormiga.

-¿Y por qué no? díjonos arrugando el entrecejo. ¿Crees acaso, que en el orden admirable que reina en la naturaleza y entre ese número infinito de seres no pueda haber otros más ínfimos que nos estén subordinados, como nosotras y los demás animales superiores están sujetos al dominio de los hombres? ¿No estás palpando con estos mismos manjares de que nos provee la bodega de uno de los comerciantes de esta población que tenemos todo lo que aquellos tienen? ¿Qué hay de extraño en que también seamos dueñas de numerosos rebaños de productoras vacas, como los que tienen los hacendados de las inmediaciones?

-Comprendemos muy bien, señora, le dijimos, que vuestros almacenes estén abundantemente provistos de buenos comestibles, gracias a ciertas rapiñas de que ya hemos sido víctimas no pocas veces; pero en cuanto a lo de las vacas, permitidme que lo ponga en duda hasta que no os expliquéis con la suficiente claridad.

-Ya que tan reacio te muestras voy a tratar de convencerte. No sé si habrás observado, que ciertos vegetales como los duraznos y los manzanos, las rosas y los geranios, se cubren a veces de pequeños animalillos, verdes ordinariamente, que tienen un pico articulado bastante largo, alas diáfanas y que llevan en la extremidad de su abdomen dos pequeños tubos movibles.

-Sí que los hemos visto, le contestamos, llámanse *pulgones*²⁸, y por cierto que despiadadamente destrozan las plantas en que viven.

-Exactamente, nos contestó la hormiga. Pues bien, estos pequeños animalillos tan comunes y tan conocidos, son nuestras vacas lecheras, que cuidamos en los campos o encerramos en establos, porque tienen la preciosa cualidad de secretar un jugo azucarado producido por la savia que con su largo pico chupan de las plantas. Periódicamente se hace la ordeña según las necesidades de la colonia, entre cuyos individuos muchos están exclusivamente consagrados al cuidado de nuestros numerosos rebaños de pulgones. Aquí tienes, pues, que los pueblos de las hormigas, como los de los hombres, no sólo son guerreros sino también pastores. Este insecto diminuto que científicamente, según he leído en no sé qué hoja suelta se llama *Aphis*, es un animal precioso para nosotros, puesto que nos suministra una bebida sustanciosa, y por esto le cuidamos con todo esmero, nos le disputamos de pueblo a pueblo con las armas en la mano, y le construimos espaciosos establos para que pueda vivir holgadamente. Mira tú por esto, cómo el célebre Linneo²⁹ no anduvo desacertado cuando dijo: que el *Aphis* era la vaca de las hormigas: *Aphis formicarum vacca*.

-Señora, le contestamos, no sólo estamos convencidos sino confundidos, pues a la verdad no creíamos que llegara a tanto el admirable instinto con que os ha dotado el Creador del hombre y de la hormiga, y por esto solo veo que hay en los dominios de la vida misterios tan grandes, que el descubrirlos debería servir más bien para humillarnos que para envanecernos.

-Veamos ahora, repuso nuestra sapientísima amiga, el otro producto que tanto te ha llamado la atención. ¿Conoces por ventura al *Myrmecocystus mexicanus*³⁰?

-Ignoro por cierto de quién trataréis de hablar.

-¿Mexicano eres y no sabes de quién se trata? Esto es maravilloso, dijo la hormiga, rellenándose las narices de aromático Perique³¹.

-¿Qué queréis? Verdad es que vivimos en un país riquísimo, en el que abundan preciosos productos naturales, pero que nos son por falta de espíritu investigador, tan desconocidos como los del África o del Japón.

-Es una lástima realmente, pero no hay remedio, ya que a lo que parece, habéis sido criados más bien para destrozaros entre sí, que para trabajar y progresar. Mas dejemos a un lado estas reflexiones inútiles, agregó con marcado aire de despecho, y vamos a nuestro asunto. El *Myrmecocystus mexicanus*, es también una hormiga, que en vez de tomar de los pulgones el jugo azucarado, elabóralo en sí misma y lo deposita poco a poco en su abdomen que, dilatándose considerablemente, llega a adquirir, con relación a su cuerpo diminuto, enormes dimensiones. Estas fabricantes de miel son también para nosotras un precioso recurso, pues que nos suministran uno de nuestros más agradables alimentos. Tales son, pues, las cerezas que con tanto placer has gustado, y que de rigor se sirven en mi mesa como uno de los postres más delicados³². Pero basta de charla, dijo la hormiga levantándose de su mullido asiento, y vamos ahora a que visitéis nuestros principales establecimientos.

VII

Escrito estaba que a unos cuantos pies bajo de tierra, pero que a nosotros, y por nuestro estado anormal, nos parecía hallarnos a una profundidad tan grande como la del mayor tiro de la Valenciana³³, habíamos de caminar de sorpresa en sorpresa bajo la dirección de nuestra infatigable cuanto complaciente conductora. Figuraos, pues, cuál no sería nuestro asombro, cuando al trasponer los dinteles de una pequeña puerta excusada que la hormiga abrió oprimiendo un botón invisible incrustado en la pared, nos encontramos en el interior de un amplísimo salón poblado por centenares de hormigas obreras que con ardiente afán se dedicaban al cuidado de multitud de pequeñuelas larvas, a las que tributaban toda clase de atenciones y de caricias. Muchas al pie de cunas tejidas con brillante seda, empleábanse en sustentar a las recién nacidas dándolas a beber el dulce jugo que secretaban los pulgones,

mientras que otras, llevando en brazos a las más grandecitas, subían con sorprendente celeridad por empinadas escaleras y salían hasta fuera del hormiguero para exponerlas a la benéfica influencia de los rayos solares. Aquello era un subir y bajar incesante y un ir y venir interminable, pero todo con un orden y con la mayor armonía, pues que aquella muchedumbre de sirvientes hallábase eficazmente vigilada por la viejecilla famosa que tantas ganas había tenido de apoderarse de nuestra humilde persona.

-He aquí, díjonos nuestra conductora, el objeto principal de todos nuestros afanes, la formación y la educación de nuevas generaciones que dignamente nos reemplacen en la guerra y en el trabajo. No vayas a creer que los oficios de todas estas hormigas que se llaman *obreras* y de las que depende el bienestar y la prosperidad de la colonia, se limitan a sustentar a nuestras pequeñas larvas y a proporcionarles la temperatura conveniente. Obligación suya es también asearlas escrupulosamente y con este fin las limpian, las cepillan, extienden muy bien su piel y las preparan así a su peligrosa metamorfosis. Cuando esta se acerca, muchas de las larvas se tejen con seda un diminuto capullo en el que se encierran para convertirse en ninfas y que la obrera tiene el cuidado de desgarrar en el momento en que aquel ser débil ha de presentarse al mundo como insecto perfecto. Desde el instante de su nacimiento las cuidan con cariño maternal, las pasean y no las abandonan sino cuando ya están perfectamente desarrolladas y aptas para dedicarse a los trabajos que se les encomiendan. Mira, pues, como tratamos nosotras a nuestras esclavas, porque has de saber, que a estos nuevos pobladores de la colonia los hemos arrebatado en estado de huevecillos, de larvas o de ninfas de otras poblaciones inmediatas; pero ya ves qué contentas viven en su estado, puesto que de nada carecen y a ellas consagramos todos nuestros afanes. Entre ustedes los hombres ¿obran acaso de idéntica manera con los infelices hijos del África, los inhumanos negreros de Cuba y del Brasil?

-Sois vosotras verdaderamente admirables, y con todo y nuestra decantada ilustración, algo podríais enseñarnos de bueno en materia de asiduidad en el trabajo y en la difícil ciencia de gobernar.

-A nuestras obreras, prosiguió la hormiga, lo debemos todo. Cuando por falta de provisiones en la comarca o por estar amenazadas de algún peligro, nos vemos obligadas a emigrar, ellas son las que cargan con los huevecillos, las larvas y las ninfas que han de dar una nueva generación; si los machos y las hembras se resisten a la caminata, los echan sobre sus espaldas y sin escuchar observaciones marchan con ellos, ni tampoco olvidan en nuestra precipitada fuga a las obreras imposibilitadas por el trabajo o enfermas, pues también con ellas cargan para que no perezcan de hambre en la ciudad que va a quedar abandonada. Hay tal fraternidad entre nosotras, que cuando una hormiga se encuentra fatigada, otra compañera la lleva en peso hasta el hormiguero; las que por la rudeza y continuidad del trabajo no han tenido tiempo de tomar alimento, son nutridas por sus camaradas, especie de cantineras, que siempre andan provistas de licor azucarado. Si una hormiga es herida, otra se presenta inmediatamente para poner un bálsamo que poseemos,

en la llaga de la víctima. Eso que ustedes llaman egoísmo es enteramente desconocido entre nosotras, pues si alguna descubre un rico botín, sábelo repartir fraternalmente entre sus compañeras; los bienes que poseemos son de todas y para todas, y si el individuo trabaja para la sociedad, la sociedad a la vez da amplia protección y presta toda clase de garantías y de ventajas al individuo, para la seguridad de su persona y de su porvenir.

-¡Fuera yo verdaderamente hormiga! exclamé lanzando un hondo suspiro de lo íntimo del corazón.

-Y bien admírate, prosiguió nuestra compañera, todas estas cosas que te he enumerado, lo mismo que las faenas de carpintería, de arquitectura subterránea, de acopio y almacenaje de víveres, hácenlas las hormigas enteramente ciegas, pero cuyas antenas, en las que poseen un tacto delicadísimo, sírvenles tanto o más que la vista de que otras muchas disfrutamos teniendo dos ojos, o uno solamente, como nuestro valiente cíclope director del túnel.

-Sois un pueblo modelo, le contestamos, y digno por cierto de las vigilias y de los afanes del celeberrimo Pedro Huber³⁴ que consagró su vida entera al estudio de vuestras curiosas costumbres.

-Salgamos ya de aquí, díjonos la hormiga, y vamos a visitar otros lugares que te han de llamar notablemente la atención.

Guiados, pues, por ella, y recorriendo estrechos pasillos o anchas galerías, visitamos sucesivamente los establos donde algunos centenares de pulgones eran cuidados eficazmente por otras inteligentes obreras, los almacenes de víveres en los que la multitud de variadísimos productos cosechados en los campos, o recogidos de las bodegas y de las despensas, de las tiendas y de las casas circunvecinas, encontrábanse dispuestos con un orden admirable, y al fin y después de una larga correría fuimos a dar al túnel, obra asombrosa de arquitectura por su valentía, puesto que se ejecutaba debajo del lecho de un arroyo caudaloso y con el objeto de trasportar sin obstáculos y con toda la seguridad debida al interior del hormiguero, los frutos próximos a sazonzarse y que con abundancia produjera un campo vecino.

-¿Qué tal vamos de trabajo, mi valiente Hormiga, díjole nuestra conductora al gigantesco operario que nos había puesto en tan grandes conflictos.

-Ya lo veis, señora, le contestó aquel nuevo Brunel³⁵, limpiándose con el dorso de la mano el sudor de la frente y dejando descansar en el suelo su acerado zapapico, no descansamos ni de día ni de noche, y usando de todos los medios que están a nuestro alcance, perforamos esta durísima roca.

-¿Calculas poder terminar para cuando estén de sazón las espigas de arroz que tanto codiciamos? le preguntó la hormiga.

-¡Ah, perfectamente! y os garantizo desde ahora, que antes de dos meses tendremos abundantemente provistos nuestros magníficos graneros.

-¿No has perdido tu rumbo?

-¡Quia, señora! camino derecho y voy a salir precisamente al centro de la sementera que desde la orilla del río contemplamos como una nueva tierra

prometida. Ya, ya veréis la influencia que va a ejercer esta obra grandiosa en la prosperidad de nuestro pueblo.

-Bien, mi valiente, bien, le contestó la hormiga, y ese mismo pueblo que siempre es agradecido, sabrá, cuando termines tu tarea, recompensar generosamente tus heroicos sacrificios... ¿Pero qué es eso? repuso poniéndose un dedo en la boca como para imponer silencio, y fijando el oído para escuchar atentamente.

Al principio nada percibimos, pero un poco después llegó hasta el lugar en que nos encontrábamos, que era una andamiada levantada en el interior del túnel para revestir la bóveda, un ligero murmullo, pero que gradualmente fue creciendo hasta convertirse en atronador vocerío y en estrépito espantoso como de armas que chocasen entre sí.

-¡Otra sublevación! exclamó la Hormiga apretando los puños y rechinando los dientes. ¡Oh pero prometo que las revoltosas la han de pagar muy caro! ¡A las armas todos, gritó con voz de trueno, y marchemos a someter a los sediciosos!

Mas apenas había dado esta orden y nos preparábamos todos a seguirla, cuando una obrera a todo correr y falta de aliento llego a decirle que una legión numerosa de hormigas gigantescas, repentinamente había invadido la ciudad y posesionándose de las alturas y de los almacenes.

-¡Rayos del cielo! exclamó casi furiosa nuestra intrépida capitana, ¡sobre ellos como una avalancha, y resueltos más bien a morir que a ser esclavos de tan miserable gente!

Espada en mano y con los ojos chispeantes de ira marchó al frente del compacto batallón formado con los mineros, y como un verdadero torrente que derriba cuanto se opone a su paso, desembocamos a la amplia plaza que era adonde se había trabado rudísimo y sangriento combate.

-¡A ellos! gritó la Hormiga blandiendo su filosa espada, a cuyos golpes repetidos y siempre certeros veíamos saltar cabezas, antenas y patas, como si fueran ramas secas cortadas por el hacha. ¡A ellos! repetía, y penetrando como un ariete en la masa compacta de los enemigos batallones, abría en ellos amplias brechas dejando su camino regado de cadáveres o de heridos que se retorcían y horriblemente se agitaban con las ansias de la muerte. Mas a pesar de tanto estrago, las tropas enemigas inmediatamente se reponían con cuerpos que llegaban de fresco para llenar el vacío que dejaban los que habían sucumbido. La lucha contra el mayor número era casi imposible, y a cada embestida los invasores parecían reproducirse como las arenas del mar. Cansados ya de tanto pelear sentíamos desfallecer y veíamos venir con espanto el momento en que ya rendidos por la fatiga caeríamos en poder de los contrarios para quedar sujetos a dura esclavitud. Mas en aquellos instantes de horrorosa angustia, de tremendo clamoreo y de matanza sin cuartel, oímos la voz atronadora de nuestra valiente Hormiga, que dominando aquel tumulto, gritó con acento de honda desesperación:

-¡Primero perder la vida que la libertad! ¡Hormigón! ¡Fuego a las minas y perezcan aquí vencidos y vencedores!

Un impetuoso huracán, rugiente y devastador, penetró pocos momentos después por todas las galerías, derribando como si fueran brizas de paja a aquellos millares de combatientes, y siguiósele casi inmediatamente una explosión espantosa que con violencia extraordinaria nos lanzó a todos, vivos y muertos, por los aires...

VIII

Por fortuna nuestra, carísimos lectores, y después de haber vagado quién sabe cuánto tiempo por el espacio, al abrir los ojos nos encontramos que aunque a consecuencia de tan grande lucha se había desarmado el catre en que dormíamos, habíamos caído en el suelo pero sobre nuestro mullido colchón y despertado a este mundo real, tanto por el golpe, cuanto por el estallido de un rayo que casualmente coincidió con nuestro inesperado descenso.

Vueltos en sí, no nos ocupamos por el momento en reparar semejante destrozo, sino que volviéndonos del otro lado y arrullados por la lluvia que caía a torrentes, logramos conciliar otra vez el sueño, pero formando antes el propósito de escribir al día siguiente y para vosotros, el extraño viaje que habíamos hecho al país desconocido y tenebroso de las larvas.

Notas

¹ Ver nota introductoria.

² No hacer nada. En italiano en el original.

³ Xavier de Maistre (1763-1852), autor francés cuyo célebre *Voyage autour ma chambre* (Viaje alrededor de mi cuarto, 1794), refiere curiosas divagaciones, pensamientos humorísticos y agudas reflexiones mientras cumplía 42 días de arresto domiciliario en Turín.

⁴ Seguramente el río La Antigua.

⁵ Estado inmaduro de un insecto, posterior a la etapa de larva, y previo al de imago, cuando ya presenta semejanzas con el adulto, salvo en tamaño y proporciones estructurales.

⁶ En el actual Estado de Veracruz existen 450 especies de orquídeas, y cerca de un 60% de ellas en el bosque mesófilo de montaña. Por desgracia, aproximadamente 20 de dichas especies se hallan en peligro de extinción.

⁷ También conocida como Playa de Chachalacas.

⁸ Llámase así al fruto (con aspecto de naranja) y a la planta de tallos rastreros, con hojas divididas en lóbulos dentados, ásperos, vellosos y con flores amarillas.

⁹ Gentilicio popular de los nacidos en Veracruz. Aunque el origen del término es incierto, los historiadores coinciden en que el adjetivo fue aplicado originalmente a los vaqueros, sobre todo mulatos, que utilizaban jaras (lanzas o garrochas) para arrear el ganado y como arma de defensa personal.

¹⁰ Ácaro, de la familia de los trombicúlidos, de color rojo, de ahí que también se le denomine coloradilla, que suelen habitar zonas de vegetación baja, cuya mordedura, con sus mandíbulas y secreciones, resulta muy irritante.

¹¹ Actualmente se conocen unas 153 mil especies, lo que lo convierte en uno de los órdenes más numerosos entre los insectos.

¹² Mejor conocidos como mosquitos.

¹³ O avispas de la madera

¹⁴ No conocemos casos similares a los referidos, ni sería posible, físicamente, que sus mandíbulas lo hicieran. Lo que se conoce es su uso de cierta clase de madera que podría estar contaminada con plomo. De hecho, al presente se analizan los nidos de las avispas como indicadores de contaminación y remediación de áreas perturbadas (González y Leirana).

¹⁵ Las antenas de las hormigas sirven a un tiempo como órgano del olfato y del tacto.

¹⁶ En efecto, sólo los machos o las hembras fértiles tienen alas, que son las menos en un hormiguero, pues la mayoría lo constituyen las obreras, que son hembras estériles sin alas.

¹⁷ En el extremo apical de la tibia de sus patas, cerca de donde se inserta el tarso de las hormigas, poseen un par de espuelas, una de ellas más grande y pectinada, y la otra simple.

¹⁸ Actualmente no se habla de grupos, sino de la familia *Formicidae*, la cual pertenece al orden de los himenópteros. Hasta ahora se conocen más de doce mil especies de hormigas en el mundo.

¹⁹ El género *Myrmica* es común en la zona Holártica (África del Norte, toda Eurasia, salvo el sudeste asiático y la India, y América del Norte).

²⁰ Es un género que se distribuye en el hábitat Holártico (ver nota anterior), Samoa, Nueva Guinea y Australia.

²¹ El tema mencionado por Arriaga no se ha deslindado ni siquiera el día de hoy. Al parecer, todas las larvas de las hormigas que posean sericterios o glándulas de la seda, aunque no hilen, producen seda (Hölldober y Wilson). Otro estudio asegura que las *Paraponera clavata*, son capaces también de producir seda (Peeters).

²² Entre las más ponzoñosas y dañinas se puede nombrar la hormiga roja o de fuego (*Solenopsis*), la bulldog (*Myrmecia pyriformis*), la argentina (*Linepithema humile*), la bala o tocatera (*Paraponera clavata*), y la siafu, marabunta, legionaria o guerrera, nombre genérico que se aplica a unas doscientas especies de hormigas de diferentes subfamilias, que comparten un agresivo comportamiento depredador.

²³ De acuerdo con la mitología griega, era un gigante de enorme fuerza, cuyo rostro estaba dotado con un centenar de ojos.

²⁴ Algunas especies de hormigas, como el género *Myrmica*, penetran los hormigueros de otras especies de menor tamaño y fuerza, para llevar consigo huevos hasta su propio hormiguero, donde, al crecer, serán destinadas a trabajar como si se tratara de esclavas (Moffett).

²⁵ En sentido metafórico, pues carecen de huesos. En su lugar, tienen un exoesqueleto constituido por una coraza de quitina, melanina y otros compuestos.

²⁶ Se refiere al inglés Isambard Kingdom Brunel (1806-1859), considerado uno de los más grandes ingenieros de la historia y hombre clave en el desarrollo de la Revolución industrial.

²⁷ Los lampíridos son una familia de coleópteros, entre los cuales se encuentran las luciérnagas.

²⁸ Dentro de la superfamilia de los áfidos fitopatógenos se halla el pulgón verde (*Myzus persicae*), los cuales excretan una sustancia dulce y pegajosa, alimento muy codiciado para las hormigas, por lo cual son protegidos por éstas de otros depredadores, como si fueran su propio ganado.

²⁹ Karl von Linneo (1707-1778), naturalista sueco, creador de la nomenclatura binaria o linneana.

³⁰ También conocida como hormiga mielera, que el autor prosigue a describir.

³¹ Tabaco (*Nicotiana tabacum*) de sabor fuerte, originario de Louisiana, en los Estados Unidos.

³² Este curioso insecto que abunda, según tenemos noticia, en varias comarcas de la sierra del Norte de Puebla, es originario del territorio mexicano, y fue, como dice Pouchet, dado a conocer en Europa, la primera vez, por Wesmaël. Las indicaciones que da aquel autor acerca de esta especie son exactas: el vientre de gran número de individuos se pone globular y transparente, y se llena de una sustancia azucarada tan abundante, que el abdomen adquiere el tamaño de una pequeña cereza. Esta secreción melífera es de un gusto tan delicado, que en las

regiones en que abundan estas hormigas, las mujeres y los niños van a excavar los hormigueros para colectarlas y servir las en platos a los postres, después de haberlas arrancado la cabeza y el coselete. Si mal no recordamos, los pobladores de los lugares que arriba hemos indicado, dan a estos insectos el nombre de *vinitos*, por el gusto a vino que tiene el jugo azucarado que elaboran. Nota de J. J. Arriaga. Félix-Archimède Pouchet (1800-1872), fue un naturalista francés, director del Museo de Historia Natural de Rouen y del Jardín Botánico del mismo lugar. Hoy se le recuerda por haber ridiculizado la teoría microbiana de la enfermedad de Louis Pasteur. M. Wesmaël o Wesmael, fue, al parecer, un naturalista de origen belga, del que no hemos podido encontrar más datos.

³³ En referencia a la famosa mina de Guanajuato, explotada desde mediados del siglo XVI, pero que, entre 1768 y 1804, produjo más plata que toda la extraída en el virreinato de Perú, y hoy se sigue trabajando.

³⁴ Pierre Huber (1777-1840), entomólogo suizo, autor de *Mémoire sur les bourdons* (1802) y *Recherche sur les moeurs des fourmis indigènes* (1810). Su padre, François Huber (1750-1831) dedicó su vida al estudio de las abejas, como demuestra su obra enciclopédica (más de 800 páginas con algunas ilustraciones de Pierre) *Nouvelles observations sur les abeilles, adressées à Charles Bonnet* (1792). Introdujo las colmenas que ahora llevan su nombre, consistentes en cuadros móviles de madera, que facilitan la labor de los apicultores.

³⁵ Ver nota 26.

Referencias y obras consultadas

- Alonso, Martín. *Enciclopedia del Idioma. Diccionario histórico y moderno de la lengua española (siglos XII al XX), etimológico, tecnológico, regional e hispanoamericano*. 3ª reimp. México: Aguilar, 1991.
- Carroll, Lewis. *More Annotated Alice: Alice's Adventures in Wonderland and Through the Looking-Glass and What Alice Found There*. Ed. Martin Gardner. New York: Random House, 1990.
- Gómez-Pompa, Arturo, Thorsten Krömer, y Roberto Castro-Cortés (coords.). *Atlas de la flora de Veracruz*. México: Comisión del Estado de Veracruz para la Conmemoración de la Independencia Nacional y la Revolución Mexicana, 2010.
- González Moreno, Alejandra, y Jorge L. Leirana Alcocer. "Avispas sociales (Hymenoptera Vespidae) Aliadas incomprendidas". <http://www.ccba.uady.mx/bioagro/V10N2/BC%20102%20%20Ñas%20avispas%20sociales.pdf>. Consultado el 27-IV-20.
- Humbert, J. *Mitología griega y romana*. 9ª ed. México: Ediciones G. Gili, 1981.
- Humboldt, Alejandro de. *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*. Ed. Juan A. Ortega y Medina, 2ª ed. México: Porrúa, 1973.
- López Guix, Juan Gabriel. "El examen de traducción de Lewis Carroll", (https://cvc.cervantes.es/trujaman/anteriores/enero_15/07012015.htm). Consultado el 29-IV-20.
- Milne, Lorus J., y Margery Lorus. *National Audubon Society Field Guide to*

-
- North American Insects and Spiders*. New York: Alfred A. Knopf, 1980.
- Moffett, Mark W. "Battles among ants resemble human warfare". *Scientific American*, 305.6, December, 2011: 84-9.
<https://www.scientificamerican.com/article/ants-and-the-art-of-war>. Consultado el 27-IV-20.
- Olivares, Carolina. "Flora y fauna de Veracruz: Características más destacadas". <http://www.lifeder.com/flora-fauna-veracruz/>. Consultado el 9-IV-20.
- Peeters, Christian. "Independent colony foundation in *Paraponera clavata* (Hymenoptera, Formicidae): First workers lay trophic eggs to feed queen's larvae".
<http://periodicos.uefs.br/ojs/index.php/sociobiology/article/view/2092>. Consultado el 27-IV-20.
- Vattel, Emer de. *Poliergie, ou Mélange de littérature et de poésie*. Amsterdam, Arkstée et Merkus, 1757: 127-42,
https://books.google.com/books/about/Poliergie_ou_M%C3%AAlange_de_litt%C3%A9rature_et.html?id=GUwllIRv39-EC. Consultado el 29-IV-20.
- Versins, Pierre. *Encyclopédie de l'utopie, des voyages extraordinaires et de la science fiction*. Lausanne: L'Age d'Homme, 1972.
- Ward, Philip S. "Phylogeny, Classification, and Species-Level Taxonomy of Ants (Hymenoptera: Formicidae)",
<https://www.biotaxa.org/Zootaxa/article/view/zootaxa.1668.1.26>. Consultado el 27-IV-20.
- Wolf, Eric R. "Fisonomía del suelo mexicano". *México: Nuestra gran herencia*. México: Reader's Digest México, 1973: 22-32.